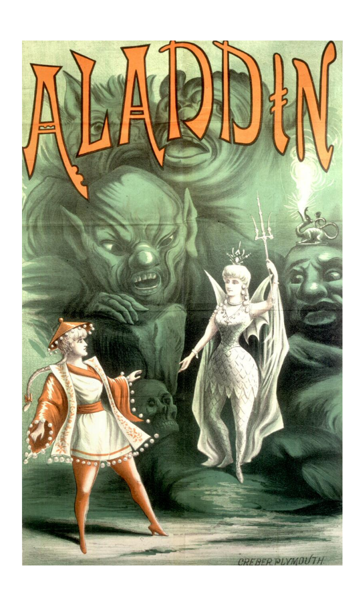
2 historias de las mil y una noches

Por: Strange Anomaly

Aladino y la lámpara maravillosa



En la capital de un reino de China había un sastre llamado Mustafa, pobre en extremo, y cuyo trabajo apenas le daba para mantener a su mujer y su hijo.
Aladino (tal era el nombre del hijo del sastre) se había educado en el más completo abandono, y por lo tanto adolecía de grandes defectos y de perversas inclinaciones. Desobediente a sus padres y aficionado a la holganza, pasaba los días enteros fuera de su casa, jugando en las calles con vagabundos de su edad y de su especie.
Quiso el padre enseñarle el oficio de manejar la aguja, pero no pudo conseguirlo de grado ni por fuerza, y Mustafa, afligido al ver las malas inclinaciones de su hijo, fue atacado de una enfermedad que al fin le llevó al sepulcro en pocos meses.
La madre de Aladino, que conocía la inutilidad de su hijo y su oposición a ejercer el oficio de su padre, cerró la tienda y realizó los géneros y utensilios, con cuyo importe y el de su trabajo en hilar algodón esperaba pasar una vida modesta pero tranquila. Con la muerte de Mustafa desapareció la barrera que se oponía de vez en cuando a que Aladino siguiese el torrente de sus depravadas aficiones, Y a los quince años era el muchacho mas travieso y más pervertido del pueblo. Un día estaba jugando en la plaza con otros chicos, según su costumbre, cuando un extranjero, mágico africano, que pasaba por allí, se detuvo para contemplarle.
Ya fuera que notase en el semblante de Aladino los signos característicos del hombre que necesitase para sus planes, o ya que supiese cuales eran las disposiciones del muchacho, es lo cierto que el africano llamó a Aladino aparte y le preguntó si era hijo del sastre Mustafa.
Si, señor, respondió el joven; pero mi padre hace mucho tiempo que murió. Al oír estas palabras, se arrojó el mágico africano al cuello de Aladino, abrazándole y llorando con amargo desconsuelo. El muchacho le preguntó la causa de su aflicción, y entonces le dijo que reconociese en él a su tío, que era hermano de Mustafa, y que de regreso de un largo viaje, cuando esperaba verlo, recibía de pronto la noticia de su muerte. El extranjero se informó en seguida del sitio en que vivía la madre de. Aladino y dio a éste un puñado de monedas para que se las llevase a la viuda, asegurándole que iría a vería al siguiente día.

Aladino se separó del supuesto tío y fue corriendo a buscar a su madre, a quien refirió la aventura, pero la buena mujer le dijo que no sabía que existiese tal pariente, pues el único hermano que tuvo su difunto esposo había fallecido hacía ya algunos años.
Al día siguiente se apareció de nuevo a Aladino el mágico africano, el cual dio a su sobrino, como le llamaba, algunas monedas de oro para que se las llevase a su madre, a fin de que dispusiera una comida a la que pensaba asistir. Pidió nuevos informes de la casa de su cuñada, Aladino se la enseñó perfectamente, y el extranjero se alejó con toda lentitud de la plaza donde jugaba nuestro héroe.
La viuda de Mustafa hizo grandes preparativos, y pidió una vajilla prestada para recibir y obsequiar dignamente al hermano de su marido. Apenas estuvo todo corriente, llamaron a la puerta de la casa. Aladino se apresuró a abrir y entró el africano cargado de hermosas frutas y de botellas de vino que depositó sobre una mesa.
Renunció a describir la escena que tuvo lugar, y las lágrimas que derramó el extranjero al evocar el recuerdo de su hermano, besando el sitio favorito que Mustafa ocupaba en el sofá del recibimiento.
Después de dar rienda suelta. a su dolor, y cuando se hubo serenado un poco, dijo a la madre de Aladino:
No extrañes, hermana mía, el no haberme visto durante tu matrimonio con Mustafa de feliz memoria. Hace cuarenta años que salí de este país que es el nuestro; he viajado por Asia y por África, donde he permanecido mucho tiempo, hasta que llegó un día en que sentí. vivos deseos de volver a ver mi patria querida y los objetos amados del corazón. Son infinitas las contrariedades y grandes los peligros que he arrostrado hasta tocar el término de mi viaje, y figúrate cuál habrá sido mi pena al saber la muerte de mi amado hermano:
El mágico africano echó de ver el efecto que estas palabras hacían en la viuda.
Así es que cambió repentinamente de conversación, preguntando a su sobrino cómo se llamaba. Aladino, respondió el muchacho.
¡Y bien, Aladino ¿En que te ocupas? ¿Sabes ya algún oficio?
Bajó Aladino los ojos avergonzado, y entonces su madre tomó la palabra para decir que era un holgazán y un perezoso, que su padre no había podido sacar fruto de sus consejos y de sus castigos, que ella se veía obligada a trabajar de continuo para mantener las obligaciones de la casa, y que estaba decidida a cerrar a su hijo las puertas del hogar para que fuese a otra parte a procurarse fortuna.
Eso que tú haces no es razonable, Aladino dijo el africano,
mientras la pobre viuda lloraba copiosamente. Es menester ayudarse para ganar la vida, y yo quisiera darte los medios de que seas hombre de provecho. Hay muchas ocupaciones y diversos oficios; si el de tu padre te disgusta, elige otro, por ejemplo, el de comerciante. Si lo aceptas, estoy dispuesto a ponerte al frente de una tienda de ricas telas ; con el dinero que ganes puedes comprar otros géneros nuevos, y de esta manera reunirás con paciencia, honradez y trabajo, una fortuna que te aleje de la miseria.
Esta proposición halagó el amor propio de Aladino, que aborrecía en efecto toda clase de trabajo manual, y aceptó de buena voluntad la promesa del africano, el cual le ofreció establecer la tienda en el corto plazo de dos días. Gozosa la viuda de Mustafa con el proyecto, no dudó que el mágico fuese hermano del difunto al ver el bien que iba a dispensar a su sobrino. La conversación giró sobre el mismo asunto durante la comida, terminada la cual se retiró el mágico, quien al día siguiente llevó a Aladino a casa de un mercader de ropas hechas para que vistiese al joven con sus más lujosos trajes.
Cuando Aladino se vio transformado con tanta ventaja desde los pies hasta la cabeza, no tenía palabras bastantes para expresar su gratitud al mágico, quien lo llevó consigo a casa de los mercaderes más ricos de la ciudad para que le conociesen, y luego le condujo a las mezquitas, a los departamentos del palacio del Sultán, libres para el público.
Por último, le hizo entrar en el Kan donde tenía su habitación, y después de obsequiar con largueza a su sobrino, le acompañó a la casa materna. Grande fue el gozo de la viuda al ver a su hijo vestido de aquella suerte, y bendijo mil y mil veces al mágico por su generosidad, asegurándole que Aladino sabría. corresponder a ella.

El africano aplazó un día más el establecimiento de la tienda prometida con el pretexto de que el viernes estaban todas cerradas, pero añadió que aprovecharía esta circunstancia para pasear con Aladìno por los jardines de la ciudad, a fin de que empezase a acostumbrarse a la vista y al trato de las gentes de la alta sociedad.
Así se convino con gran contento del joven, que, llenó de impaciencia, se vistió muy de mañana al siguiente día, y al ver al africano corrió apresuradamente a reunirse con él.
Vamos, hijo mío, le dijo a Aladino; hoy quiero que veas lo más notable de los alrededores de la ciudad.
Salieron por una puerta que conducía a un paraje poblado de magníficos palacios y pintorescos jardines, y avanzando siempre entraron en un jardín bello como ninguno, sentándose ambos en el borde de un gran estanque para descansar un momento. El astuto africano sacó de un ancho bolsillo frutas y pasteles que dividió con Aladino, y concluido el pequeño refrigerio prosiguieron marchando insensiblemente hacia adelante hasta llegar cerca de unas altas y escarpadas montañas.
Aladino, que nunca había andado tanto, se sintió lleno de cansancio. ¿A dónde vamos, querido tío? preguntó al fin con cierta inquietud. Si avanzamos más, creo que no tendré fuerzas para volver a la ciudad.
¡ Ánimo! replicó el mágico. Deseo que veas un jardín que sobrepuja a todos los que hemos dejado atrás, y ya queda poco camino. Cuando estés dentro de aquel paraíso, olvidarás las fatigas de la marcha.
El joven se dejó persuadir y llegaron a un paraje situado entre dos montañas de mediana altura, divididas por una cañada de corta extensión, paraje elegido por el mágico africano para llevar a cabo el gran designio que le había impulsado desde el fondo del África hasta la China.
Quedémonos aquí, dijo a Aladino. Ahora verás cosas extraordinarias; maravillas tales como nunca se han presentado a los ojos de un mortal. Mientras yo saco fuego del pedernal con el eslabón, reúne tú todas las malezas más secas que encuentres en estos sitios
Hízolo así Aladino; el mágico le pegó fuego al montón y arrojó a las llamas un perfume, que produjo un humo muy espeso, pronunciando al mismo tiempo unas palabras mágicas que el joven no pudo comprender.
Estremecióse un poco la tierra, .se abrió delante del mágico y de Aladino, y dejó al descubierto una losa de pie y medio cuadrado, con una gran argolla de bronce en el centro que servía sin duda para levantarla., Asustado Aladino de todo lo que veía, tuvo miedo, y quiso emprender la fuga, pero el mágico le dio un bofetón tan tremendo que la boca del muchacho se llenó toda de sangre.
El pobre Aladino exclamó temblando y con las lágrimas en los ojos: ¿Qué os he hecho yo para que me castigueis con tanta crueldad?
Tengo mis razones para obrar así, replicó el africano, Además, ocupó el lugar de tu padre y me debes obedecer ; pero, no tengas cuidado, sobrino mío, añadió dulcificando su voz; ya ves lo que he ejecutado con la virtud y el poder de mi perfume. Pues bien, debajo de esa. piedra existe un tesoro inmenso que te hará. mas rico y poderoso que todos los reyes de la tierra, y nadie hay en el mundo más que tú a quien sea permitido levantar la losa y entrar dentro del agujero. Si yo lo hiciese nada podría conseguir, y por lo tanto es preciso que ejecutes fielmente lo que yo te mande, la esperanza del tesoro consoló a Aladino, el cual prometió hacer cuanto le indicase el supuesto tío
Ven, le dijo este, acércate, pasa la mano por la argolla y alza la piedra.
Pero, querido tío, no tengo fuerzas para ello, y será. menester que me ayudéis.
No; entonces nada lograríamos si yo intervengo; pronuncia el nombre de tu padre y de tu abuelo, tira de repente, y verás cómo levantas la losa.
Aladino hizo lo que se le ordenaba, y, en efecto, alzó la piedra bajo la cual se dejó ver una cueva de tres o cuatro pies de profundidad, una puerta muy pequeña, y algunos escalones para ir más abajo.
Hijo mío, dijo el africano, oye bien y obedece con exactitud todo lo que voy a decirte. Baja, y cuando llegues al último escalón encontraras una puerta abierta que te conducirá a un gran salón abovedado y dividido en tres departamentos; a derecha e izquierda veras cuatro

jarrones de bronce llenos de oro y plata que te guardarás muy bien de tocar siquiera. Antes de entrar en la primera sala, cuida de recoger y ceñir el traje a tu cuerpo para no rozar con él ni a los objetos que encuentres ni a las paredes, pues de lo contrario morirás instantáneamente. Atraviesa sin detenerte las tres salas, y al final de la última hallaréis una puerta y luego un hermoso jardín con árboles cargados de frutos ; cruza este jardín por un camino que te conducirá. a una escalera de cincuenta escalones por los cuales se sube a una azotea. Así que llegues a ella veras un nicho, y en el nicho una lámpara ardiendo. Apodérate de ella, apagala, y cuando hayas tirado la torcida y el líquido, guárdala en tu seno y tráemela en seguida. A la vuelta. puedes tomar de los árboles del jardín los frutos que más te agraden. Y el mágico, al concluir sus instrucciones, puso una sortija en uno de los dedos de Aladino para preservarle, según dijo, de cualquier mal que pudiese sobrevenirle. El muchacho bajó a la cueva e hizo cuanto el mágico le previno con rigurosa exactitud, y dueño ya de la lámpara se detuvo en el jardín lleno de admiración y de asombro. Cada árbol ostentaba frutos de diferentes colores; los había blancos, que eran perlas; transparentes, que eran brillantes; los verdes, eran esmeraldas; los encarnados, rubíes ; los azules, turquesas ; los morados, amatistas, y los amarillos, topacios, y todos de un tamaño y de una perfección admirables.
Mejor hubiera querido Aladino que aquellos frutos fuesen higos, uvas y naranjas, porque desconocía el valor de las piedras preciosas, y creyó que eran cristales de colores ; pero el brillo y la diversidad de matices le entusiasmó tanto, que cogió una gran cantidad de aquellos frutos con los cuales llenó todas sus faltriqueras, y en tal situación, y hasta ocupadas las manos con tantas riquezas, se presentó a la entrada de la cueva, donde le aguardaba el mágico con impaciencia.
Dadme la mano para ayudarme a subir dijo Aladino.
Mejor es, hijo mío, que tu me des antes la lámpara y te verás libre de ese estorbo y de ese peso.
No, no me incomoda. lo más mínimo, y os la daré cuando suba.
El africano se empeñó en recibir la lámpara, pero Aladino no podía entregársela sin sacar antes las joyas magníficas de que estaba cargado, y así es que se obstinó en su primera negativa.
Furioso el mágico ante la tenaz resistencia de Aladino, arrojó cierta cantidad de perfume en el fuego de malezas, que continuaba ardiendo, pronunció con rabia dos palabras mágicas, y la piedra de la argolla volvió a su primitivo lugar, y todo quedó en el mismo estado que cuando Llegaron el mágico y Aladino al sitio misterioso.
El mágico no era hermano del sastre Mustafa, y por consiguiente ningún parentesco tenia con Aladino. había nacido efectivamente en África, donde se dedicó, desde su juventud, al arte de la magia que allí se mira con especial predilección. Después de cuarenta años seguidos de encantamientos, de ensayos, de estudios y operaciones, supo que existía en el mundo una lámpara maravillosa que haría a su poseedor mas rico y opulento que todos los monarcas juntos del universo.

Supo luego el mágico, por medio de una operación nigromántica, que la lámpara existía en un lugar subterráneo de la China, y que le era indispensable el auxilio de una segunda persona para apoderarse del objeto precioso, supuesto que él nada conseguiría
Por eso eligió a Aladino con objeto de que le hiciese tan importante servicio, decidido, apenas tuviese la lámpara en sus manos, a pronunciar las palabras mágicas Y sepultar en el centro de la tierra al pobre joven, único testigo del suceso. Pero la suerte dispuso que no se apoderase de la lámpara, y viendo desvanecidas, con la obstinación del muchacho, sus hermosas esperanzas y las ilusiones que se había forjado en sus sueños de ambición, resolvió volver a África, como lo hizo en el mismo día sin pasar por la ciudad, .temiendo que le creyesen autor de la desaparición de Aladino.
Era casi seguro que no se sabrían jamás los pormenores del hecho ni se hablaría nunca de Aladino, pero el mágico no recordó que le había dado un anillo milagroso, que fue la salvación del infeliz enterrado en vida.



Mil veces llamó a gritos a su tío al verse solo en aquella especie de sepulcro, aunque sus voces y sus lamentos no salían de las tinieblas que le rodeaban. Aladino tentó por todas partes con ánimo de volver al jardín y a la azotea ; pero no encontró salida ninguna, y redoblando sus quejas y su llanto, se echó al pie de la escalera privado de luz y decidido a esperar la muerte.
Dos días estuvo en aquella situación sin comer ni beber, hasta que al tercero y al dirigir una plegaria a Dios, frotó con una mano el anillo que el mágico le había puesto en la otra, sortija cuya virtud desconocía, y se le apareció de repente un Genio colosal que dirigió a Aladino estas palabras:
¿Qué es lo que deseas? Heme aquí dispuesto a obedecer tus órdenes como el mas humilde de los esclavos.
Aladino, en otras circunstancias hubiera tenido miedo ante la aparición sobrenatural, pero, preocupado con el peligro que corría, contestó sin vacilar que deseaba a todo trance salir de aquel obscuro y terrible recinto. Abrióse .la tierra en el instante, y el joven se vio fuera de la cueva, y justamente en el mismo sitio a donde el mágico le habrá conducido.
Escaso de fuerzas, y dando gracias al Cielo por verse libre de tan dura prisión, regresó penosamente a la ciudad y llegó al fin a la casa de su madre. La pobre mujer, que consideraba muerto a su hijo, se entregó a los transportes de la mayor alegría, y esto, unido a la debilidad del cuerpo, por falta de alimento, hizo que Aladino se desmayase en brazos de su madre. Siguiendo los consejos de ésta, se alimentó y bebió poco a poco para no perjudicar su salud en aquel estado de endeblez, ya algo repuesto de las impresiones recibidas durante los tres días, comenzó el relato de su aventura, de la que no omitió la mas mínima circunstancia, lamentándose de que su madre le hubiera entregado con tanta confianza en manos de un hombre infame y desconocido que había tratado de perderle. La viuda de Mustafa, en los arrebatos de su amor materno, se deshizo en injurias y denuestos contra el bárbaro impostor que quiso atentar contra la vida de su hijo, y después de dar este desahogo natural a su indignación, suplicó a Aladino que se acostase para descansar de las penalidades que había sufrido.
Así lo hizo, mientras la viuda colocó en un rincón del sofá las piedras preciosas, cuyo valor desconocía absolutamente lo mismo que su hijo, creyendo ambos que eran cristales de colores. Aladino se despertó muy tarde al día siguiente, .pidió de almorzar, y su madre le dijo que se habían agotado en la casa las provisiones, pero que iba a hilar un poco de algodón y a venderle al momento para procurarse algunas monedas. No, replicó Aladino, no quiero que trabajéis hoy, madre mía ; dadme la lámpara que traje ayer, la venderé, y con el .dinero que me den tendremos para comer hoy.
Aquí esta la lámpara, contestó la viuda, pero la veo muy sucia y si la limpio un poco me parece que podrás sacar mejor partido.
Y se puso a limpiarla con agua y arena, cuando de improviso apareció un Genio asqueroso y gigantesco, que exclamó con formidable acento: _ ¿ Qué es lo que deseáis? -Héme aquí dispuesto a obedecer como esclavo a todos los que tengan la lámpara en la mano.

La madre de Aladino, sobrecogida de terror, cayó al suelo desmayada, pero el joven, acostumbrado a esta clase de espectáculos, se apoderó de la lámpara y dijo entono firme y re-suelto: Tengo hambre, dame de comer. Desapareció el Genio un momento, y volvió después con ricos manjares en platos y vasos de oro y plata que depositó sobre la mesa, huyendo después repentinamente como había venido.
Ocupóse Aladino, en primer término, en socorrer a su madre, y luego que lo hubo conseguido, rociándole el rostro con agua fría, la invitó a gozar de las ricas viandas. Apenas pudo comprender el milagro la viuda del sastre, admirada de ver aquellos platos, de los- que se exhalaba un delicioso perfume, e hizo varias preguntas a su hijo, que este prometió satisfacer al concluir el almuerzo.
Sin embargo, los manjares eran tan buenos y abundantes, y tan excelente el apetito de la madre y el hijo, que la hora de la comida les sorprendió sentados aún a la mesa, la cual abandonaron al fin, dejando. para otra ocasión los manjares a que no habían tocado siquiera. Hecho esto, Aladino refirió a su madre lo ocurrido con el Genio mientras estaba desmayada, y la buena mujer, que nada comprendía de Genios y apariciones, rogó a su hijo que él conservase la lámpara que no quería tocar, si era causa de que aquel monstruo se le presentase. Después, llena de terror, aconsejó a Aladino que vendiera la lámpara y el anillo para no tener trato ni comercio con unos Genios que eran demonios, según el dicho del Profeta. Opúsose a ello Aladino, fundado. en que los Genios podían proporcionarles cuanto quisiesen en el mundo ; dijo, y con razón, que el mágico no hubiera emprendido su viaje desde África sin saber de antemano el maravilloso poder de la lámpara, y que sin el anillo no le hubiese sido posible salir del obscuro subterráneo que se abrió delante de él como por encanto. Lo que si ofreció a su madre fue guardar cuidadosamente ambos objetos y no hacer uso de ellos sino en caso de perentoria necesidad.
Convencida de la fuerza de estas razones, se sometió la viuda al parecer de Aladino, determinada a no meterse en lo que pudiera ocurrir a consecuencia de la determinación de su hijo.
Y no volvió a hablar una palabra mas del asunto.
Se acabaron, como concluyen todas las cosas de este mundo, los manjares proporcionados por el Genio, y Aladino no quiso esperar a que el hambre les atormentara. Tomó una de los platos de plata para vender, proponiendo venderselo a un judío que se encontró en la calle. A primera vista conoció el usurero el valor positivo de la alhaja y preguntó el precio, pero Aladino no quiso decirlo, porque en realidad no lo sabia, encomendándose a la buena fe del comprador, admirado de la candidez del joven. Por si acaso era ignorancia, sacó el judío, para probarlo, una moneda de oro de su bolsillo, moneda que representaba la sexagésima parte del valor de el plato.



Aladino, al verla, se apoderó de ella y echó a correr tan gozoso y con tal rapidez , que el judío, convencido de que no sabía el vendedor el mérito de la alhaja, comenzó también a correr tras él para ofrecerle menos aun de lo que le había dado. Pero le fue imposible alcanzarlo, y Aladino, loco de alegría, entregó el dinero a su madre, quien compró abundantes provisiones para seis o siete días.
Los platos fueron vendidos unos después de otros, a medida que lo exigían las necesidades de la casa, y el judío, temeroso de perder tan buen negocio, los pagó todos al mismo precio que el primero, y así transcurrió algún tiempo, durante el cual, Aladino, acostumbrado a una vida ociosa, se paseó por el pueblo, y contrajo relaciones de amistad con algunas personas de distinción.
Pero los recursos se agotaron, y entonces el hijo del sastre frotó la lámpara con menos fuerza que su madre lo había hecho, así es que el Genio se le apareció, repitiendo sus primeras palabras con mas dulzura: Tengo hambre, dame de comer.
El Genio se desvaneció y volvió a presentársele nuevo con manjares y un servicio de mesa parecido al de la vez primera. Avisada la madre de Aladino de que éste pensaba evocar al demonio como le decía, salió de la casa, y regresó a ella cuando el Genio hubo huido a su misterioso retiro.
Pasaron algunos días, y apurados los manjares, recurrió Aladino a la venta de los platos y de la fuente, y ya se dirigía a la tienda del antiguo judío, cuando un platero respetable por su ancianidad y su honradez, llamó al joven al verle pasar por la calle, le preguntó qué iba a hacer con aquellas alhajas, y Aladino le refiriólo acontecido con el judío, y el precio a que había comprado los platos anteriores. El platero, indignado, pesó uno de ellos delante de Aladino, le enseñó lo que era el marco de plata, y pagó al joven el justo valor del precioso metal, o sea una cantidad sesenta veces mayor que la satisfecha por el viejo usurero.
Aladino dio las gracias de todo corazón. al buen platero. y se retiró con su tesoro.
A pesar de que tanto Aladino como su madre comprendieron lo inagotable y rico del manantial de prosperidades que la lámpara les suministraba, vivieron siempre sin apariencias de riqueza, y sin permitirse mas gastos en público que los proporcionados al trabajo de la viuda. Dos años transcurrieron en esta vida apacible y tranquila ; Aladino iba con mucha frecuencia a las tiendas de los mejores y mas opulentos joyeros de la ciudad, donde, no sólo adquirió la costumbre de tratar a las personas de distinción, imitando sus maneras, sino que al cabo de pocos meses, y en fuerza de ver comprar y vender piedras preciosas, comprendió el inmenso valor de las que había cogido en el jardín del subterráneo, y supo que poseía con ellas un tesoro inestimable. A nadie, ni aun a su madre, reveló el secreto, y esta prudencia fue causa de que la fortuna le elevase a la altura que veremos después.
Paseábase un día Aladino por las calles de la ciudad, cuando oyó publicar en alta voz un bando del Sultán, en el que ordenaba cerrar las tiendas y que los habitantes todos permaneciesen dentro de su. casas, mientras la princesa Brudulbudura, hija de Sultán, fuese y regresara del baño.
Esto excitó la curiosidad de Aladino hasta tal punto que, para conocer a la Princesa, tuvo la audacia de colocarse a la puerta misma del baño, en cuyo sitio le seria fácil contemplarla frente a frente. La hermosura y regularidad de las facciones de Badroulbadour, la elegancia del talle y el aire majestuoso de su persona, hicieron gran impresión en el animo de Aladino el cual se retiró a su casa triste y pensativo. Apenas comió ni habló una sola palabra, y su madre, inquieta y afiigida, creyéndole enfermo, le hizo diversas preguntas que quedaron sin contestación.
El joven no pudo dormir aquella noche, hasta que a la mañana siguiente confesó a su madre lo que viera la víspera, diciéndole que estaba enamorado de la Princesa y resuelto a pedirla en matrimonio a su padre el Sultán.
Al oír la madre de Aladino la última parte del discurso de su hijo, prorrumpió en una carcajada, asegurándole que el amor le había trastornado el juicio.
Os equivocáis, madre mía, replicó Aladino; no sólo conservo la razón, sino que he previsto las observaciones que ibais a hacerme-.. Bien comprendo que soy el hijo de un pobre sastre sin nombre y sin fortuna, que es un atrevimiento en mi el poner los ojos en la Princesa, que

los sultanes no se dignan conceder la mano de sus hijas sino a príncipes herederos de un trono ; pero mi resolución es invariable, y os ruego que vayáis vos misma a pedir al Sultán, para vuestro hijo, la mano de La hermosa Brudulbudura.
El asombro de la buena mujer creció de punto al enterarse de la extraña pretensión de Aladino.
Hijo mío, le dijo, soy tu madre, y no hay en el mundo sacrificio que no esté dispuesta a hacer en obsequio de tu felicidad. Si se tratase de una joven de nuestra clase, trabajaría de corazón hasta conseguir el verla enlazada contigo, pero de esto a lograr la mano de la Princesa, hay una distancia inmensa que tu madre no podrá. nunca recorrer. Supongamos que tengo la insolencia de presentarme en Palacio para hablar a Su Majestad: ¿a quién me dirijo diciéndole el objeto de mi conferencia que no me califique de loca y me mande expulsar de Palacio? Supongamos también que pueda llegar a presencia del Sultán: ¿qué méritos tienes tú para aspirar a la mano de su hija? ¿De qué palabras me salgo para hacer una petición tan absurda y extravagante? Además, es costumbre llevar algún presente al Sultán, a fin de que escuche con alguna benevolencia las reclamaciones de sus súbditos, y nosotros no tenemos posibilidad de adquirir un objeto digno de la grandeza del soberano, y sobre todo que le haga perdonar lo disparatado de mi demanda. Reflexiona con calma y comprenderás que me es imposible acceder a tus locos deseos.
No os inquiete la dificultad del regalo respondió Aladino, porque soy poseedor de una gran cantidad de piedras preciosas de inestimable valor, y que hasta ahora habíamos tornado por cristales de colores. Hablo de los frutos que traje del jardín
subterráneo, joyas cuyo precio he conocido después de frecuentar por algún tiempo las tiendas de la ciudad, y no hay en el mundo ningunas que puedan igualarse en tamaño, riqueza y calidad, con las que nosotros tenemos. Estoy convencido que este regalo agradará. al Sultán, y para ver el efecto, traed una bandeja de porcelana, y vamos a colocarlas según sus diferentes colores. . así se hizo, y Aladino y su madre, que hasta entonces sólo habían visto las piedras a los resplandores opacos de una lámpara, y no a los rayos del sol del día, quedaron deslumbrados al ver las luces y cambiantes de aquellas piedras, dignas de enriquecer la corona del rey más poderoso del Universo.
Sin embargo, la viuda empleó parte de la noche en disuadir a su hijo del proyecto, pero Aladino le contestaba que si la empresa era difícil, con el auxilio de la lámpara maravillosa saldrían felizmente del paso, aunque sobre este talismán debía guardarse siempre el mayor secreto.

Aladino convence a su madre de ir a hablar con el sultán y al siguiente día después de envolver la bandeja en un lienzo de extraordinaria blancura, se dirigió temblando de miedo y de incertidumbre al palacio del Sultán, donde estaban ya reunidos los visires, los señores de la corte y gran número de personas que tenían negocios pendientes en el Diván. La pobre mujer se colocó enfrente del Soberano para ser vista de Su Majestad; pero la audiencia terminó, nadie le dijo una sola palabra, y la mujer salió de Palacio con todas las demás personas, fatigada de haber permanecido en pie cerca de dos horas.
Aladino, al ver a su madre regresar con el presente en la mano, creyó que el Sultán había rechazado sus pretensiones, y ya, prometiéndole volver a Palacio al otro día.
Así lo verificó, pero obtuvo el mismo resultado, y durante seis días consecutivos repitió su silenciosa visita hasta que el Sultán, al ver siempre delante del trono a aquella mujer que no prefería una sola palabra, le preguntó, lleno de curiosidad, al gran Visir, quién era y, lo que solicitaba de la Corte; pero el Visir supuso que sería alguna mujer de las que iban a Palacio a molestar al soberano con quejas de los vendedores de comestibles, y que probablemente llevaba bajo el lienzo la muestra del articulo y la prueba de la culpabilidad del mercader.
No satisfizo al Sultán esta respuesta, y así es que al séptimo día ordenó, en la hora de audiencia, que condujesen a las gradas del trono a la madre de Aladino, a la cual dirigió la palabra con bondadoso acento,.preguntándole el motivo que la llevaba diariamente a. su palacio. La viuda se prosternó dos veces, y luego dijo: Monarca superior a todos los soberanos del mundo: antes de exponer a Vuestra Majestad el objeto extraordinario que me conduce hasta aquí, le suplico me perdone el atrevimiento y la audacia de la demanda que

voy a hacerle. Sólo al recordarla siento que mis mejillas se tiñen con el color de la vergüenza.
El Sultán ordenó que saliesen todos sus servidores del salón para que hablase con más desahogo Y libertad la madre de Aladino.
Luego que se quedaron solos, y que el Sultán prometió a la viuda que ningún mal le sobrevendría por ofensivas o injuriosas que le pareciesen al pronto sus palabras, la buena mujer, algo mas tranquila, refirió al Sultán desde el principio hasta el fin los proyectos de Aladino, su amor hacia la Princesa, las reflexiones que le había hecho como madre cariñosa, para que desistiese de sus descabellados planes, y por último la obstinación del joven que se empeñaba a todo trance en ser esposo de la bella y encantadora Brudulbudura.
Oyó el Sultán las palabras de la madre de Aladino sin dar señales de cólera ni de burla, y antes de responder le preguntó que era lo que guardaba con tanto esmero debajo del lienzo blanco.
La viuda presentó entonces las piedras preciosas al Soberano quien permaneció inmóvil de sorpresa ante el maravilloso espectáculo que a sus ojos se ofrecía. Al cabo de un rato exclamó enajenado de gozo:
¡Oh! Es imposible que haya en el mundo una colección de piedras mas ricas, y el presente que me hacéis es digno de la Princesa mi hija, y digno también de ser dueño de su mano el poseedor de tantos tesoros. Hoy nada os digo, buena mujer, pero venid a verme dentro de tres meses, contados desde hoy.
La madre de Aladino, que ni en sueños esperaba tan favorable acogida' volvió a su casa loca de alegría con la esperanza que le había dejado entrever el Sultán. Aladino la aguardaba con la mayor ansiedad, y al oír de labios de su madre los pormenores de la entrevista, se creyó el mas dichoso entre todos los mortales, dándole gracias por el interés y el cariño con que había desempeñado su difícil comisión.
Pasaron los tres meses. del plazo; la madre de Aladino fue a Palacio puntualmente, y se colocó en el mismo sitio que el primer día.
Apenas la vio el Sultán, dejó a un lado el despacho de los asuntos del reino, y mandó a la viuda que se acercase.
Señor exclamó la madre de Aladino, hoy concluye el plazo de tres meses que se sirvió fijar Vuestra Majestad, y me tomo la libertad de venir a recordarlo al soberano mas poderoso en la tierra.
El Sultán había diferido tres meses su respuesta, en la confianza de que pasado este tiempo no volvería a oír hablar más de un casamiento que juzgaba desigual y poco conveniente para su hija, así es que no supo que contestar a la viuda; consultó al efecto con su giran Visir, sin ocultarle la repugnancia que sentía en dar la mano de la Princesa a un desconocido, y el gran Visir, para eludir el compromiso, aconsejó al Sultán que pusiese a su hija a. tan alto precio, es decir, que exigiera tantas riquezas al aspirante, que ningún hombre, por opulento que fuese, pudiera alcanzar la mano de Brudulbudura.
Siguió el Sultán el consejo del gran Visir, y volviéndose a la viuda, le dijo:
Los soberanos deben tener palabra, y yo estoy pronto a cumplir con la mía siempre que vuestro hijo me presente cuarenta grandes fuentes de oro macizo llenas de piedras iguales a las de su primer regalo. Esta riqueza deberá ser traída, a Palacio por cuarenta esclavos negros y cuarenta blancos, que sean hermosos, de buena estatura y vestidos con lujosa magnificencia. Sólo a este precio podrá. obtener la mano de la Princesa mi hija.
La madre de Aladino se prosternó y salió de Palacio, riéndose por el camino de la locura de su hijo y de la imposibilidad en que se vería de salir triunfante de las exigencias del Sultán.
Cuando llegó a su casa, y después de enterar a Aladino del éxito de su embajada, quiso persuadirle de que debía abandonar su temeraria empresa.
Nada de eso, madre mía replicó el joven; confieso que esperaba mayores dificultades aun por parte del Sultán, pero lo que pide es demasiado poco y muy pronto quedara satisfecho. Dejadme obrar en libertad.
Salió a la calle la viuda en busca de provisiones, y Aladino, apenas se vio solo frotó la lámpara maravillosa.

Presentóse el Genio y el enamorado mancebo le dirigió, estas palabras: Acabo de obtener en matrimonio a la hija del Sultán, pero éste me pide que antes le lleve cuarenta fuentes de oro macizo llenas de frutos del jardín donde me apoderé de la lámpara. También exige cuarenta esclavos negros e igual número de blancos., de buena figura v ricamente vestidos. Anda y tráeme todo esto para llevarlo al Sultán antes de que acabe el día.
Desapareció el Genio, no sin prometer a Aladino que serian cumplidos sus deseos, y volvió pocos momentos después con ochenta hermosos esclavos blancos y negros. Cada uno tenía en sus manos una fuente de oro cincelado llena de perlas, rubios, brillantes y esmeraldas, y cubierta con un paño de tisú de plata bordado de florones de oro. Los trajes de los esclavos deslumbraban por su elegante magnificencia. Preguntó el Genio a Aladino si estaba contento y si deseaba algo más, pero el joven dijo que no, y desapareció de repente con igual misterio que vino.
Volvió la madre de Aladino, y al ver a la brillante comitiva no pudo ,articular ni una palabra ; tal fue su estupor, su admiración ; pero el impaciente joven le rogó que se dirigiera inmediatamente seguida de los esclavos al palacio del Sultán para que este comprendiese por la exactitud en enviarle el dote de su hija el anhelo de que estaba poseído el corazón del amante de la Princesa.
Desfilaron los esclavos, y Aladino esperó tranquilo que el Sultán se dignase, al fin, admitirle como yerno.
Apenas salieron los esclavos a la calle, se agolpó a su paso una inmensa muchedumbre, absorta ante el magnifico espectáculo que presentaban con sus ricas vestiduras, que valían cada una mas de un millón, y con las fuentes de oro sobre la cabeza, dejando ver el tesoro esplendente que contenían, Llegada la comitiva a Palacio en medio del pueblo que la seguía, creyeron los soldados que aquellos hombres eran reyes y se apresuraron a besar el borde de sus vestiduras, pero el primero de los negros les dijo:
Nosotros no somos mas que esclavos, y nuestro Señor vendrá cuando sea tiempo.
El lujo de los departamentos del. palacio y de los trajes de los servidores del Sultán, todo se eclipsó ante la riqueza de los recién llegados, los .cuales entraron por su orden en el salón del trono, depositando a los pies del Sultán las fuentes de que eran fieles portadores.
Luego, blancos y negros, cruzaron las manos sobre el pecho con la mayor modestia.
Señor exclamó entonces la viuda, mi hijo Aladino sabe muy bien que estos dones valen menos que la hermosa princesa Brudulbudura, pero confía en que Vuestra Majestad se dignará concederle su mano después de haber cumplido con la condición que tuvo a bien imponerle su soberano.
El Sultán no oyó siquiera las frases de la madre de Aladino, trastornado como estaba en presencia de aquellas riquezas y de aquellos esclavos, que parecían reyes poderosos por su aspecto, su hermosura y su magnificencia. Al fin, preguntó en alta voz al gran Visir si creía digno esposo de su hija al hombre que le enviaba tan soberano presente.
El gran Visir, aunque lleno de celos al considerar que la Princesa iba a desposarse con un desconocido, cuando él aspiraba a unirla con su hijo, no pudo menos de contestar:
Señor, lejos de creer a Aladino indigno de poseer la mano de la Princesa, diría que merece mas aun, si no estuviese persuadido de que no hay en el mundo tesoro que iguale a la hija de Vuestra Majestad.
Los señores de la Corte demostraron con entusiastas aplausos que participaban de la opinión del gran Visir, y ya el Sultán. sin informarse de las cualidades de Aladino, y subyugado ante el prestigio de su opulencia, dijo a la viuda de Mustafa:
Id y decid a vuestro hijo que le espero con los brazos abiertos para recibirle, y que cuanto mayor sea su diligencia, mas grande será. mi placer en otorgarle la mano de la Princesa.
Concluida la audiencia, quiso el Sultán que su hija viera a través de las celosías los regalos y los esclavos que le ofrecía su prometido esposo, como así se ejecutó, desfilando la comitiva por delante de los ajimeces de la habitación de Brudulbudura.
Voló a su casa la madre de Aladino para dar a su hijo la buena nueva, recomendándole, terminado su relato, que se presentase en la Corte rodeado de la pompa y del esplendor posible.

_Aladino, enajenado de gozo, se retiró a su cuarto y frotó con fuerza la lámpara. El Genio se le apareció inmediatamente.
Quiero le dijo darme un baño perfumado, y cuya agua proporcione a mi tez la mayor hermosura. Después necesito un vestido que no tenga igual en el mundo, superior a los de los más poderosos reyes; luego me darás un caballo por el mismo estilo y cuyos arneses valgan mas de un millón cuarenta esclavos, aún mejor vestidos que los que te pedí ayer, seis esclavas, cada una de las cuales traiga un traje suntuoso para mi madre, y por último deseo diez mil monedas de oro repartidas en diez diferentes bolsillos. Ve y vuelve pronto.
A los pocos momentos, Aladino era dueño de todo lo que quería; tomó cuatro bolsillos, o sea cuatro mil monedas de oro, dando los otros seis a su madre, con los trajes y las esclavas que destinaba a su servicio.
Dispuesto el plan, dijo Aladino al Genio que podía retirarse y que le llamaría cuando tuviese necesidad de sus servicios. El Genio desapareció. Después hizo preguntar al Sultán si estaba dispuesto a recibirle, y este contestó que le aguardaba con impaciencia.
Aladino montó a caballo; iban delante veinte esclavos arrojando al pueblo puñados de monedas de oro, y otros .veinte detrás que servían de rica y vistosa escolta al brillante jinete, que en un momento se atrajo las miradas y las bendiciones de toda la ciudad, asombrada de tanta magnificencia. Nadie reconoció en Aladino al joven vagabundo que poco antes había jugado por calles y plazas, y la noticia de que iba a casarse con la princesa Brudulbudura dio a su persona un encanto y un prestigio que deslumbró a todos cuantos se apresuraban a presenciar la marcha de la comitiva.
Llegado que fue a Palacio, quiso Aladino dejar a la puerta su caballo, según lo exigía la etiqueta de la Corte; pero el gran Visir se opuso a ello en nombre de su señor, y Aladino obtuvo el favor insigne de ir cabalgando hasta el pórtico del salón del trono entre dos filas de soldados que se inclinaban a su paso.
El continente y la gallardía de Aladino agradaron tanto al Sultán, que bajó los escalones del trono para recibirle e impedir que se prosternase. Lejos de esto, abrazó al joven en testimonio de amistad sentándole después a su lado.
Aladino describió, con gran elocuencia, lo humilde de su posición, su escaso mérito para aspirar a la mano de la Princesa y su atrevimiento en poner los ojos a tanta altura, por lo cual pidió perdón al Sultán, dándole las gracias al mismo tiempo, toda vez que de aquel enlace dependía la felicidad eterna de su vida.
Hijo mío respondió el monarca abrazándole por segunda vez, no hay para mi honra mayor que la de conceder la mano de mi hija a tan cumplido caballero, y no cambiaria este placer por la posesión de todos mis tesoros unidos con los vuestros.
En seguida, y a los acordes de una música melodiosa, pasaron a otro salón, donde el Sultán comió solo con Aladino en presencia de los señores y dignatarios de la Corte, admirados, a semejanza del Sultán, de ver el talento con que el joven sostenía la conversación de su soberano. Este ordenó al primer Cadi de su reino que extendiese el contrato de boda de la Princesa con Aladino para que el casamiento se verificara aquel mismo día; pero el afortunado joven rogó al monarca con el mayor respeto que aplazase la ceremonia algunos días, de que necesitaba para construir un palacio digno de la belleza de Brudulburuda. Accedió a ello el Sultán, otorgándole los terrenos que necesitase frente a su propio palacio, con lo cual terminó la conferencia de aquel memorable día.
Aladino regresó a su casa con la misma ostentación y entre iguales aclamaciones que había salido de ella, y cuando se vio solo en su habitación, llamó al Genio por el medio conocido.
Genio le dijo al verle aparecer, ante todo te doy las gracias por el celo y la exactitud con que has obedecido hasta aquí mis mandatos, y hoy reclamo mas que nunca tu interés y tu diligencia. Quiero que en el menor tiempo posible me construyas frente al palacio del Sultán, otro palacio que le supere en magnificencia para recibir en él a la princesa Brudulbudura, mi esposa. Dejo a tu capricho la elección de los materiales, pero desearía que en lo mas alto del palacio fabricases un gran salón con su cúpula de cuatro faces iguales, cimentadas en plata y oro macizo, y en cada una de ellas. tres ventanas, cuyas celosías, a excepción de una que deberá ser imperfecta, ostentaran transparentes y dibujos hechos con piedras preciosas, de tal suerte y con tanto arte que sean la admiración de

cuantos las contemplen. Quiero, además, que el palacio tenga patios extensos, frondosos jardines, y sobre todo, un sitio, que me indicaras, lleno de monedas de oro y plata. No te olvides de ningún departamento, de los trenes de caza, palafreneros, y de cuanta servidumbre se necesite para que corresponda a la suntuosidad del edificio. Vete y vuelve cuando hayas rematado la obra.

Al despuntar la aurora del siguiente día se presentó de nuevo el Genio, y le dijo a Aladino: Señor, el palacio esta concluido; venid a ver si estáis contento de mi trabajo.
Fue Aladino al lugar designado, y no pudo menos de confesar al Genio que había excedido a sus mayores esperanzas. Luego que recorrió admirado todos los departamentos Y que supo el sitio donde se ocultaba el tesoro, que era inmenso, pidió al Genio que colocase una alfombra de terciopelo desde la habitación de la Princesa .hasta la puerta del palacio del Sultán, su padre. El Genio obedeció la orden con la rapidez de un relámpago, y desapareció después de acompañar a Aladino a su casa.
Fueron saliendo poco a poco a la calle las gentes de la ciudad, y al momento se extendió por toda ella y llegó a Palacio la noticia de la maravilla hecha por Aladino. El gran Visir atribuyó el palacio al arte de encantamiento y de hechicería ; pero el Sultán no opinó lo mismo, creyendo que un hombre tan poderoso como su futuro yerno se había valido nada mas que del auxilio del dinero, que en todos los tiempos y en todos los países del mundo ha hecho siempre verdaderos milagros.
Cuando Aladino volvió a su casa y despidió al Genio, hizo que su madre vistiese un rico traje para ir al palacio del Sultán y acompañar aquella noche a la Princesa luego que estuviera en disposición de trasladarse al nuevo palacio. Hijo y madre dieron un adiós a la casa que iban a dejar para siempre y, sin olvidar, por supuesto, la lámpara maravillosa, se dirigieron, seguidos de esclavos y servidores, a la residencia del Sultán.
El sonido de las trompetas y las armonías de las músicas anunciaron su llegada, y la viuda fue introducida en el departamento de la Princesa por el jefe de los eunucos. Brudulbudura la obsequió de una manera espléndida, y cuando llegó la noche se despidió la Princesa del Sultán su padre en medio de lágrimas y de sollozos que no permitieron a uno ni a otro proferir una sola palabra.
La joven se puso en marcha con la madre de Aladino, seguida de cien esclavos cuyos trajes eran de sorprendente magnificencia. Iban las músicas delante, y a los lados cuatrocientos pajes del Sultán con antorchas en las manos, lo cual, unido a la iluminación del palacio de Aladino, casi reemplazaba a la claridad del día. Una inmensa muchedumbre acudió a aclamar a la Princesa, que fué recibida en el pórtico por el enamorado galán.
Princesa, le dijo, en nombre del amor que os profeso, perdonadme la osadía de haber aspirado a vuestra mano, pues en ello consiste toda mi felicidad.
Príncipe, respondió la Princesa, no he hecho mas que cumplir con la voluntad de mi padre, y después de haberos visto, confieso que le he obedecido sin repugnancia.
Gozoso Aladino al oír respuesta tan lisonjera, condujo a su esposa a la sala del festín, dispuesto por el Genio con el lujo que él sabia hacerlo, y esta dicho todo.
Durante el banquete se oyó un concierto de voces e instrumentos, tan delicioso, que Brudulbudura aseguró que jamás había oído cosa parecida. Y es que las cantantes eran hadas elegidas por el Genio esclavo de la lámpara. Luego dio principio el baile, que, al concluir a una hora avanzada de la noche. puso fin a los festejos preparados por Aladino para festejar sus bodas.
Al día siguiente fue a comer el Sultán en compañía de los Príncipes, sus hijos, y consagró casi todo el tiempo a examinar el palacio, que calificó, por la riqueza y el buen gusto, una de las mayores maravillas de la tierra. Mucho le llamó la atención al entrar en el .salón de las celosías, que una de ellas estuviese sin acabar cuando las demás eran un modelo de primor y de arte. No podía comprender la causa, y Aladino entonces le dijo:
Señor, no he querido ex profeso que se perfeccione esa celosía para que Vuestra Majestad tenga la gloria y me dispensa la honra de concluir por si mismo este palacio.
Y lo haré altamente complacido, respondió el Sultán. Aquel día dio orden a los joyeros mas hábiles de su reino para que, sin levantar la mano, .terminasen la celosía, incrustándola de

piedras preciosas, pero los joyeros y los diamantistas, después de examinar la riqueza del salón, declararon que no tenían piedras que igualasen siquiera a las otras celosías. El Sultán entonces les dio todas las que constituían los presentes de Aladino, el Visir y los señores de la Corte suministraron las suyas, y sin embargo los artífices no podían llegar ni aun a la mitad de la obra. Viendo Aladino que el Sultán y todos se esforzaban en vano, frotó una noche la lámpara maravillosa y ordenó al Genio que pusiera la celosía idéntica a las demás, como así se verificó en un abrir y cerrar de ojos.

El asombro y la admiración del Sultán no tuvo limites al convencerse mas y mas del extraordinario poder de Aladino, a quien confió, pasado algún tiempo, el mando de las tropas que iban a castigar a los súbditos que se habían sublevado en los confines del reino; Aladino se condujo como buen soldado y experto general, y la victoria militar aumentó el prestigio de que ya gozaba por su generosidad, su nobleza y su magnificencia.

A pesar del tiempo transcurrido, el mágico africano no se había olvidado de Aladino, y aunque estaba en la íntima convicción de que este habría muerto en el fondo del subterráneo, consultó sin embargo sus signos nigromanticos, y supo con rabia por el horóscopo que el joven vivía rico, feliz, unido a una princesa y respetado de todos. Ya no tuvo duda el infame de que su victima había hecho uso de la lámpara maravillosa, y, resuelto a perder a Aladino, se puso en marcha, y sin reposar un instante y lleno el corazón de odio y de venganza, entró al fin una noche en la capital donde Aladino residía. La vista del palacio y las noticias que en todas partes le dieron del esplendor del Príncipe y de la magia de su poderío confirmó las sospechas del mágico, y ya no pensó en otra cosa que en apoderarse por cualquier medio de la lámpara, poderoso talismán que operaba tantas maravillas.

Hizo la fatalidad que Aladino estuviese ausente en una partida de caza, y el africano se aprovechó de esta circunstancia para obrar sin demora. Compró en una tienda una docena de lámparas de cobre bruñido, las puso en una cesta, y con ellas debajo del brazo, se dirigió al palacio de Aladino, gritando en la puerta: ¿Quién quiere cambiar lámparas viejas por lámparas nuevas? La gente del pueblo, al oír la extraña proposición, creyó que aquel hombre estaba loco rematado, pero el mágico siguió gritando con tal fuerza, que las esclavas de la Princesa le oyeron también y propusieron a su señora cambiar por una nueva la lámpara vieja ya y usada que Aladino tenia colgada en su habitación, y que dejó allí imprudentemente sin confiar a nadie el precioso secreto.

Así es que Brudulbudura no tuvo inconveniente en acceder a ello, creyendo complacer a su esposo, y un eunuco bajó en seguida a buscar el cambio.



El mágico se apresuró a darle la lámpara mejor que tenía, y temblando de placer porque no dudaba que era dueño al fin del talismán, se alejó del palacio con la lámpara maravillosa, y por calles excusadas se dirigió al campo a esperar a que la noche cubriese la tierra con su manto. Cuando la obscuridad fue completa, frotó la lámpara, y en el acto se le apareció el Genio.
¿Qué quieres? le pregunto. Heme aquí -dispuesto a obedecerte. Te mando replicó el mágico que transportes el palacio de Aladino con todo lo que contiene, y que me lleves también a África, colocándonos en el lugar de mi residencia.
En el acto se cumplieron los deseos del mágico, y notan sólo desapareció el palacio, sino que no quedó ni la señal mas leve de que hubiese nunca existido. Fácil es comprender el asombro, el estupor del Sultán y de la población entera al darse cuenta del hecho. Todos se frotaban los ojos, creyendo que eran juguete de una pesadilla, y el celoso Visir aprovechó la ocasión para decir a su soberano que siempre calificó a Aladino de mágico hechicero, y que por su opinión jamás se hubiese casado con la Princesa un hombre de tan incomprensible conducta y misterioso proceder. Irritado el Sultán, y lleno de pena por la desaparición de su querida hija, mandó a los oficiales de Palacio que fuesen en busca de Aladino para cortarle la cabeza como impostor y reo de Estado.
Salieron las tropas y a poca distancia de la ciudad encontraron a Aladino dedicado a los placeres de la caza; el Príncipe protestó de su inocencia al saber el motivo de la prisión; pero los oficiales, cumpliendo con la orden que tenían, la ataron con una cadena por los brazos y por la cintura, y a pie y en tan humillante situación fue conducido a la ciudad.
Las gentes del pueblo, que tanto le amaban por los beneficios sin cuento que a todos había dispensado, se amotinaron al verle prisionero, trataron de sacarle de manos de la fuerza armada, y fue preciso que el oficial de la escolta usase de grandes precauciones para evitar que le arrebatasen a Aladino, que compareció al fin ante el Sultán. Éste no quiso oírle, y mandó al verdugo que le diese muerte en el mismo patio del palacio, y ya iba a ser descargado el golpe terrible, cuando el pueblo echó abajo las puertas, derribó a los centinelas, y con gritos amenazadores pidió el perdón de su querido Príncipe. Acobardado el Sultán al ver la actitud de la plebe, hizo al reo gracia de la vida, dejándolo en completa libertad. Sólo entonces se retiraron las masas pacíficamente, y Aladino, con mas tranquilidad de espíritu, preguntó al Sultán cual era la causa repentina de su enojo. El soberano le refirió la desaparición del palacio y la de su adorada hija, y Aladino, inocente del suceso, pidió cuarenta días de plazo para encontrar a la Princesa, consintiendo en morir si no lo conseguía dentro de dicho término. Loco de dolor, de incertidumbre, y sobre todo, sin esperanzas de lograr su objeto, salió de la ciudad, y al cabo de tres días de vagar errante por los campos, se retorcía una noche con desesperación las manos, donde llevaba el anillo que le dio el mágico a la entrada del subterráneo, cuando de repente se le aparece el Genio diciéndole:
¡Qué me quieres? Soy el esclavo del anillo, y estoy dispuesto a obedecer tus mandatos.
Aladino, que ni siquiera se acordaba de aquel talismán, quedó agradablemente sorprendido y pidió ser transportado en el acto al sitio en que se encontrase la Princesa, Al momento le llevó a África, colocándole en los mismos jardines de su palacio. Reconociólo al punto a pesar de la obscuridad, y no dudó de que aquel milagro era obra exclusiva de la lámpara maravillosa, echándose en cara su descuido de haberla dejado a la vista y no guardada como otras veces. Sin embargo, ni sospechó siquiera que el mágico africano fuese la causa de sus desventuras.
Poco después de amanecer se levantó la Princesa, y desde las ventanas de su habitación vio a Aladino paseando por los jardines, imposible describir la alegría que experimentaron los esposos al verse, cuando se creían separados por una eternidad; pero después de los primeros transportes, Aladino se apresuró a preguntar a la Princesa lo que había sido de la lámpara vieja que en su departamento dejó colgada. Brudulbudura le contó la historia, desgarrando el velo de lo que hasta entonces era un misterio para su esposo, y le dijo que el mágico africano llevaba siempre en el seno la lámpara cuidadosamente oculta.

Es preciso librarnos a toda costa de ese hombre infame exclamó Aladino, y cuento con tu auxilio para llevar a cabo el plan que he concebido. ¿El mágico africano viene a verte a este palacio?
Si, antes no me libraba ningún día de su visita, pero la repugnancia que mostraba al recibirle ha hecho que sólo venga una vez cada semana. ‘ Pues bien, vas a vestir tus mejores trajes, y adornada con las joyas de mas mérito le admitirás a tu presencia, invitándole a una cena espléndida. Sin que él lo note, arrojarás en su copa de vino estos polvos, que siempre llevo conmigo, cuyo efecto es el de privar instantáneamente del conocimiento a la persona que los toma.. Yo estaré escondido en el departamento inmediato, y apenas caiga al suelo el infame, te aseguro que seremos libres y poderosos como en otro tiempo.
La princesa Brudulbudura, que aborrecía al africano y que deseaba naturalmente volver contenta y feliz al lado de su buen padre, accedió gustosa a cuanto Aladino le propuso , y, en efecto, a los dos días invitó al mágico a cenar con ella. El nigromántico, acostumbrado a los rigores de la Princesa, no cabía en si de puro gozo, y aceptó el convite sin demora. La Princesa había preparado de antemano la botella de que el mágico debía servirse, y, en efecto, apenas vació la primera copa, cayó al suelo como herido del rayo, a causa de los polvos vertidos en el vino. Salió entonces Aladino por una puerta secreta que abrió instantáneamente Brudulbudura, y rogó a esta que fuese a esperarle a una habitación inmediata mientras él trabajaba para regresar a China.
así lo hizo la Princesa, y Aladino, al verse solo, se lanzó hacia el mágico africano que yacía exánime en el suelo, y se apoderó con ansia de la lámpara oculta bajo el traje del hechicero. La frotó como de costumbre, y se presentó el Genio.
Te llamo le dijo Aladino para que transportes este palacio a la China sin pérdida de momento, y lo coloques en el mismo lugar de que fue arrancado.
Dos ligeros estremecimientos, uno al partir y otro al llegar demostraron a Aladino que su orden había sido fielmente cumplida.
El Sultán, inconsolable por la pérdida de su hija, que era lo que mas adoraba en el mundo, no dejó ningún día de asomarse al amanecer a las ventanas de su habitación con la vana esperanza de ver de nuevo al ídolo de su corazón. Así es que, apenas despuntó la aurora de la mañana en que fue vuelto a su sitio el palacio de Aladino, ya contemplaba el Sultán tristemente el paraje que era la tumba de su felicidad y de sus ilusiones, cuando le pareció ver el palacio que surgía entre nubes del centro de la tierra. En un principio creyó que soñaba, y al convencerse de la realidad no tuvo limites su alegría, y en alas del amor paternal corrió a abrazar a la Princesa. No fue menor el gozo de ésta al ver a su padre, a quien refirió con la voz entrecortada por las lagrimas todo lo sucedido, para demostrarle la inocencia de Aladino, y que ella era la única culpable, puesto que cometió la imprudencia de cambiar la lámpara maravillosa, cuyo poder ignoraba, sin consentimiento de su esposo. El Sultán, enternecido, abrazó a Aladino, el cual, con objeto de persuadirle de la verdad, le llevó al salón donde estaba el cadáver del africano, causa de sus infortunios, cadáver que fue arrojado a un muladar para que sirviese de pasto a los animales inmundos.
Diez días duraron en la ciudad las magníficas fiestas que ordenó el Sultán en celebración del regreso de los Príncipes ; pero la suerte implacable reservaba Aladino una nueva desgracia que debía poner en peligro su existencia.

Al despuntar la aurora del siguiente día se presentó de nuevo el Genio, y le dijo a Aladino: Señor, el palacio esta concluido; venid a ver si estáis contento de mi trabajo.
Fue Aladino al lugar designado, y no pudo menos de confesar al Genio que había excedido a sus mayores esperanzas. Luego que recorrió admirado todos los departamentos Y que supo el sitio donde se ocultaba el tesoro, que era inmenso, pidió al Genio que colocase una alfombra de terciopelo desde la habitación de la Princesa .hasta la puerta del palacio del Sultán, su padre. El Genio obedeció la orden con la rapidez de un relámpago, y desapareció después de acompañar a Aladino a su casa.

Fueron saliendo poco a poco a la calle las gentes de la ciudad, y al momento se extendió por toda ella y llegó a Palacio la noticia de la maravilla hecha por Aladino. El gran Visir atribuyó el palacio al arte de encantamiento y de hechicería ; pero el Sultán no opinó lo mismo, creyendo que un hombre tan poderoso como su futuro yerno se había valido nada mas que del auxilio del dinero, que en todos los tiempos y en todos los países del mundo ha hecho siempre verdaderos milagros.
Cuando Aladino volvió a su casa y despidió al Genio, hizo que su madre vistiese un rico traje para ir al palacio del Sultán y acompañar aquella noche a la Princesa luego que estuviera en disposición de trasladarse al nuevo palacio. Hijo y madre dieron un adiós a la casa que iban a dejar para siempre y, sin olvidar, por supuesto, la lámpara maravillosa, se dirigieron, seguidos de esclavos y servidores, a la residencia del Sultán.
El sonido de las trompetas y las armonías de las músicas anunciaron su llegada, y la viuda fue introducida en el departamento de la Princesa por el jefe de los eunucos. Brudulbudura la obsequió de una manera espléndida, y cuando llegó la noche se despidió la Princesa del Sultán su padre en medio de lágrimas y de sollozos que no permitieron a uno ni a otro proferir una sola palabra.
La joven se puso en marcha con la madre de Aladino, seguida de cien esclavos cuyos trajes eran de sorprendente magnificencia. Iban las músicas delante, y a los lados cuatrocientos pajes del Sultán con antorchas en las manos, lo cual, unido a la iluminación del palacio de Aladino, casi reemplazaba a la claridad del día. Una inmensa muchedumbre acudió a aclamar a la Princesa, que fué recibida en el pórtico por el enamorado galán.
Princesa, le dijo, en nombre del amor que os profeso, perdonadme la osadía de haber aspirado a vuestra mano, pues en ello consiste toda mi felicidad.
Príncipe, respondió la Princesa, no he hecho mas que cumplir con la voluntad de mi padre, y después de haberos visto, confieso que le he obedecido sin repugnancia.
Gozoso Aladino al oír respuesta tan lisonjera, condujo a su esposa a la sala del festín, dispuesto por el Genio con el lujo que él sabia hacerlo, y esta dicho todo.
Durante el banquete se oyó un concierto de voces e instrumentos, tan delicioso, que Brudulbudura aseguró que jamás había oído cosa parecida. Y es que las cantantes eran hadas elegidas por el Genio esclavo de la lámpara. Luego dio principio el baile, que, al concluir a una hora avanzada de la noche. puso fin a los festejos preparados por Aladino para festejar sus bodas.
Al día siguiente fue a comer el Sultán en compañía de los Príncipes, sus hijos, y consagró casi todo el tiempo a examinar el palacio, que calificó, por la riqueza y el buen gusto, una de las mayores maravillas de la tierra. Mucho le llamó la atención al entrar en el .salón de las celosías, que una de ellas estuviese sin acabar cuando las demás eran un modelo de primor y de arte. No podía comprender la causa, y Aladino entonces le dijo:
Señor, no he querido ex profeso que se perfeccione esa celosía para que Vuestra Majestad tenga la gloria y me dispensa la honra de concluir por si mismo este palacio.
Y lo haré altamente complacido, respondió el Sultán. Aquel día dio orden a los joyeros mas hábiles de su reino para que, sin levantar la mano, .terminasen la celosía, incrustándola de piedras preciosas, pero los joyeros y los diamantistas, después de examinar la riqueza del salón, declararon que no tenían piedras que igualasen siquiera a las otras celosías. El Sultán entonces les dio todas las que constituían los presentes de Aladino, el Visir y los señores de la Corte suministraron las suyas, y sin embargo los artífices no podían llegar ni aun a la mitad de la obra. Viendo Aladino que el Sultán y todos se esforzaban en vano, frotó una noche la lámpara maravillosa y ordenó al Genio que pusiera la celosía idéntica a las demás, como así se verificó en un abrir y cerrar de ojos.
El asombro y la admiración del Sultán no tuvo limites al convencerse mas y mas del extraordinario poder de Aladino, a quien confió, pasado algún tiempo, el mando de las tropas que iban a castigar a los súbditos que se habían sublevado en los confines del reino; Aladino se condujo como buen soldado y experto general, y la victoria militar aumentó el prestigio de que ya gozaba por su generosidad, su nobleza y su magnificencia.
A pesar del tiempo transcurrido, el mágico africano no se había olvidado de Aladino, y aunque estaba en la íntima convicción de que este habría muerto en el fondo del

subterráneo, consultó sin embargo sus signos nigromanticos, y supo con rabia por el horóscopo que el joven vivía rico, feliz, unido a una princesa y respetado de todos. Ya no tuvo duda el infame de que su victima había hecho uso de la lámpara maravillosa, y, resuelto a perder a Aladino, se puso en marcha, y sin reposar un instante y lleno el corazón de odio y de venganza, entró al fin una noche en la capital donde Aladino residía. La vista del palacio y las noticias que en todas partes le dieron del esplendor del Príncipe y de la magia de su poderío confirmó las sospechas del mágico, y ya no pensó en otra cosa que en apoderarse por cualquier medio de la lámpara, poderoso talismán que operaba tantas maravillas.

Hizo la fatalidad que Aladino estuviese ausente en una partida de caza, y el africano se aprovechó de esta circunstancia para obrar sin demora. Compró en una tienda una docena de lámparas de cobre bruñido, las puso en una cesta, y con ellas debajo del brazo, se dirigió al palacio de Aladino, gritando en la puerta: ¿Quién quiere cambiar lámparas viejas por lámparas nuevas? La gente del pueblo, al oír la extraña proposición, creyó que aquel hombre estaba loco rematado, pero el mágico siguió gritando con tal fuerza, que las esclavas de la Princesa le oyeron también y propusieron a su señora cambiar por una nueva la lámpara vieja ya y usada que Aladino tenia colgada en su habitación, y que dejó allí imprudentemente sin confiar a nadie el precioso secreto.

Así es que Brudulbudura no tuvo inconveniente en acceder a ello, creyendo complacer a su esposo, y un eunuco bajó en seguida a buscar el cambio. El mágico se apresuró a darle la lámpara mejor que tenía, y temblando de placer porque no dudaba que era dueño al fin del talismán, se alejó del palacio con la lámpara maravillosa, y por calles excusadas se dirigió al campo a esperar a que la noche cubriese la tierra con su manto. Cuando la obscuridad fue completa, frotó la lámpara, y en el acto se le apareció el Genio.

¿Qué quieres? le pregunto. Heme aquí -dispuesto a obedecerte. Te mando replicó el mágico que transportes el palacio de Aladino con todo lo que contiene, y que me lleves también a África, colocándonos en el lugar de mi residencia.

En el acto se cumplieron los deseos del mágico, y notan sólo desapareció el palacio, sino que no quedó ni la señal mas leve de que hubiese nunca existido. Fácil es comprender el asombro, el estupor del Sultán y de la población entera al darse cuenta del hecho. Todos se frotaban los ojos, creyendo que eran juguete de una pesadilla, y el celoso Visir aprovechó la ocasión para decir a su soberano que siempre calificó a Aladino de mágico hechicero, y que por su opinión jamás se hubiese casado con la Princesa un hombre de tan incomprensible conducta y misterioso proceder. Irritado el Sultán, y lleno de pena por la desaparición de su querida hija, mandó a los oficiales de Palacio que fuesen en busca de Aladino para cortarle la cabeza como impostor y reo de Estado.

Salieron las tropas y a poca distancia de la ciudad encontraron a Aladino dedicado a los placeres de la caza; el Príncipe protestó de su inocencia al saber el motivo de la prisión; pero los oficiales, cumpliendo con la orden que tenían, la ataron con una cadena por los brazos y por la cintura, y a pie y en tan humillante situación fue conducido a la ciudad.

Las gentes del pueblo, que tanto le amaban por los beneficios sin cuento que a todos había dispensado, se amotinaron al verle prisionero, trataron de sacarle de manos de la fuerza armada, y fue preciso que el oficial de la escolta usase de grandes precauciones para evitar que le arrebatasen a Aladino, que compareció al fin ante el Sultán. Éste no quiso oírle, y mandó al verdugo que le diese muerte en el mismo patio del palacio, y ya iba a ser descargado el golpe terrible, cuando el pueblo echó abajo las puertas, derribó a los centinelas, y con gritos amenazadores pidió el perdón de su querido Príncipe. Acobardado el Sultán al ver la actitud de la plebe, hizo al reo gracia de la vida, dejándolo en completa libertad. Sólo entonces se retiraron las masas pacíficamente, y Aladino, con mas tranquilidad de espíritu, preguntó al Sultán cual era la causa repentina de su enojo. El soberano le refirió la desaparición del palacio y la de su adorada hija, y Aladino, inocente del suceso, pidió cuarenta días de plazo para encontrar a la Princesa, consintiendo en morir si no lo conseguía dentro de dicho término. Loco de dolor, de incertidumbre, y sobre todo, sin esperanzas de lograr su objeto, salió de la ciudad, y al cabo de tres días de vagar errante por los campos, se retorcía una noche con desesperación las manos, donde llevaba el anillo

que le dio el mágico a la entrada del subterráneo, cuando de repente se le aparece el Genio diciéndole:
¡Qué me quieres? Soy el esclavo del anillo, y estoy dispuesto a obedecer tus mandatos.
Aladino, que ni siquiera se acordaba de aquel talismán, quedó agradablemente sorprendido y pidió ser transportado en el acto al sitio en que se encontrase la Princesa, Al momento le llevó a África, colocándole en los mismos jardines de su palacio. Reconocióle al punto a pesar de la obscuridad, y no dudó de que aquel milagro era obra exclusiva de la lámpara maravillosa, echándose en cara su descuido de haberla dejado a la vista y no guardada como otras veces. Sin embargo, ni sospechó siquiera que el mágico africano fuese la causa de sus desventuras.
Poco después de amanecer se levantó la Princesa, y desde las ventanas de su habitación vio a Aladino paseando por los jardines.
imposible describir la alegría que experimentaron los esposos al verse, cuando se creían separados por una eternidad; pero después de los primeros transportes, Aladino se apresuró a preguntar a la Princesa lo que había sido de la lámpara vieja que en su departamento dejó colgada. Brudulbudura le contó la historia, desgarrando el velo de lo que hasta entonces era un misterio para su esposo, y le dijo que el mágico africano llevaba siempre en el seno la lámpara cuidadosamente oculta.
Es preciso librarnos a toda costa de ese hombre infame exclamó Aladino, y cuento con tu auxilio para llevar a cabo el plan que he concebido. ¿El mágico africano viene a verte a este palacio?
Si, antes no me libraba ningún día de su visita, pero la repugnancia que mostraba al recibirle ha hecho que sólo venga una vez cada semana. ‘ Pues bien, vas a vestir tus mejores trajes, y adornada con las joyas de mas mérito le admitirás a tu presencia, invitándole a una cena espléndida. Sin que él lo note, arrojarás en su copa de vino estos polvos, que siempre llevo conmigo, cuyo efecto es el de privar instantáneamente del conocimiento a la persona que los toma.. Yo estaré escondido en el departamento inmediato, y apenas caiga al suelo el infame, te aseguro que seremos libres y poderosos como en otro tiempo.
La princesa Brudulbudura, que aborrecía al africano y que deseaba naturalmente volver contenta y feliz al lado de su buen padre, accedió gustosa a cuanto Aladino le propuso , y, en efecto, a los dos días invitó al mágico a cenar con ella. El nigromántico, acostumbrado a los rigores de la Princesa, no cabía en si de puro gozo, y aceptó el convite sin demora. La Princesa había preparado de antemano la botella de que el mágico debía servirse, y, en efecto, apenas vació la primera copa, cayó al suelo como herido del rayo, a causa de los polvos vertidos en el vino. Salió entonces Aladino por una puerta secreta que abrió instantáneamente Brudulbudura, y rogó a esta que fuese a esperarle a una habitación inmediata mientras él trabajaba para regresar a China.
así lo hizo la Princesa, y Aladino, al verse solo, se lanzó hacia el mágico africano que yacía exánime en el suelo, y se apoderó con ansia de la lámpara oculta bajo el traje del hechicero. La frotó como de costumbre, y se presentó el Genio.
Te llamo le dijo Aladino para que transportes este palacio a la China sin pérdida de momento, y lo coloques en el mismo lugar de que fue arrancado.
Dos ligeros estremecimientos, uno al partir y otro al llegar demostraron a Aladino que su orden había sido fielmente cumplida.
El Sultán, inconsolable por la pérdida de su hija, que era lo que mas adoraba en el mundo, no dejó ningún día de asomarse al amanecer a las ventanas de su habitación con la vana esperanza de ver de nuevo al ídolo de su corazón. Así es que, apenas despuntó la aurora de la mañana en que fue vuelto a su sitio el palacio de Aladino, ya contemplaba el Sultán tristemente el paraje que era la tumba de su felicidad y de sus ilusiones, cuando le pareció ver el palacio que surgía entre nubes del centro de la tierra. En un principio creyó que soñaba, y al convencerse de la realidad no tuvo limites su alegría, y en alas del amor paternal corrió a abrazar a la Princesa. No fue menor el gozo de ésta al ver a su padre, a quien refirió con la voz entrecortada por las lagrimas todo lo sucedido, para demostrarle la inocencia de Aladino, y que ella era la única culpable, puesto que cometió la imprudencia de

cambiar la lámpara maravillosa, cuyo poder ignoraba, sin consentimiento de su esposo. El Sultán, enternecido, abrazó a Aladino, el cual, con objeto de persuadirle de la verdad, le llevó al salón donde estaba el cadáver del africano, causa de sus infortunios, cadáver que fue arrojado a un muladar para que sirviese de pasto a los animales inmundos.
Diez días duraron en la ciudad las magníficas fiestas que ordenó el Sultán en celebración del regreso de los Príncipes ; pero la suerte implacable reservaba Aladino una nueva desgracia que debía poner en peligro su existencia.

Tenia el mágico africano un hermano menor, nigromántico como él, aunque más perverso y de sanguinarios instintos. Alarmado al no recibir las noticias de su hermano en el largo intervalo de un año, consultó las estrellas, los signos cabalisticos y cuanto posee la nigromancia para sus experimentos, y averiguó con todos sus pormenores y circunstancias el trágico fin de que el africano había sido víctima.



Resuelto a vengarse de Aladino, se puso en marcha, y después de un penoso viaje llegó a China, entró en la capital, residencia del Sultán, y supo por unos y por otros que existía allí una santa mujer, llamada Fátima, que vivía retirada del mundo en una ermita, y que era célebre por sus virtudes y por las curas maravillosas que hacía. Concibió en el acto su detestable plan, y una noche, a las doce, fue a buscar a Fátima en su ermita, cuya puerta pudo abrir sin hacer el mas leve ruido. Vio a la santa mujer acostada a la luz de la luna sobre un miserable lecho, y se aproximó a ella con un puñal desnudo en la mano. Fátima se despertó sobresaltada.
Si gritas le dijo el mágico, te hundo este cuchillo en el corazón. Guarda silencio, dame tu vestido y píntame la cara como la tuya, para que yo me parezca a ti. Si así lo haces te juro perdonarte la vida.
La pobre mujer hizo temblando lo que se le mandaba, y enseñó al mágico cómo había de llevar el rosario y cubrirse con el manto cuando fuera a la ciudad para asemejarse a ella. El mágico se miró a un espejo, y convencido de que nadie podría reconocerle, faltó a su juramento, estrangulando a la infeliz Fátima, cuyo cadáver arrojó a la cisterna de la ermita.
Al día siguiente se dirigió al palacio de Aladino en medio de un pueblo inmenso que le rodeaba., creyendo que era la virtuosa Fátima. Oyó la princesa Brudulbudura el ruido que hacían las gentes en derredor de la supuesta curandera, averiguó la causa y ordenó a

cuatro eunucos que condujesen a la santa a su presencia. El mágico, introducido en el salón de las celosías, entonó una elocuente plegaria por la salud de Brudulbudura, quien, encantada al ver la unción religiosa de la buena mujer, le rogó que se quedase a vivir en el palacio. Fátima, o por mejor decir, el mágico, se hizo al pronto de rogar; pero luego accedió al fin, siempre que se le permitiese comer en la habitación que iba a destinársele. La Princesa accedió a ello, y preguntó a la fingida santa si era de su agrado el salón en que se encontraban.

No he visto, respondió el mágico nada más bello y admirable en mi vida ; pero, para que fuese una verdadera maravilla sin igual en la tierra, deberíais hacer colocar en la cúpula el huevo de un águila blanca de prodigioso tamaño, y que tiene su nido en la mas alta cima del Cáucaso.

La Princesa no echó en olvido el consejo del mágico, y cuando regresó Aladino de la partida de caza en que se encontraba a la sazón, se apresuró a. decirle que tenia el capricho de que el salón de las celosías ostentase en su techumbre el huevo del águila blanca.

Aladino, deseoso siempre de complacer a la Princesa, fue a su habitación, frotó la lámpara y dijo al Genio, luego que este hubo aparecido:

Quiero que inmediatamente coloques en la bóveda de mi salón un huevo del águila blanca que anida en las alturas del Cáucaso.

¡Miserable! exclamó el Genio dando un grito que conmovió el palacio hasta sus cimientos ¿No te basta lo que hemos hecho por ti? ¿Quieres, ingrato, que los esclavos de la lámpara te traigan a su señor, que esta encerrado en ese huevo, y lo cuelguen en la bóveda de tu palacio? Lo único que te libra de nuestro furor es que no eres autor directo de esa imprudente demanda, y si el hermano del mágico de África al quien diste la muerte que merecía. Tu nuevo enemigo vive en tu propio palacio, disfrazado con el traje de la virtuosa Fátima, a cuya santa mujer acaba de asesinar, y él es quien ha sugerido a la Princesa la idea que me has manifestado hace poco. Trata de asesinarte a ti también, y te lo anuncio para que vivas prevenido. Y desapareció.

Aladino fue a la habitación de su esposa, y sin decirle nada de cuanto le había participado el Genio, fingió un fuerte dolor de cabeza; la Princesa mandó buscar a Fátima en seguida .para que curase a su marido, y refirió a este los motivos que justificaban la residencia de aquella mujer en el palacio. Llegó el mágico disfrazado, se aproximó a Aladino con pretexto de reconocerle la cabeza e instantáneamente sacó un puñal de la cintura para darle muerte; pero Aladino, prevenido ya, se apoderó del arma con ligereza y atravesó el pecho del infame, que rodó sin vida por el pavimento.

Seguidamente descubrió todo el misterio a la asustada Brudulbudura, la cual dio gracias al Cielo por haber librado a Aladino de la persecución de los dos hermanos mágicos, sus implacables enemigos.

Pocos años después, murió el Sultán sin dejar hijos varones, por cuya razón le sucedió en el trono la princesa Brudulbudura, quien transmitió el supremo poder a su querido esposo Aladino. Ambos reinaron largo tiempo, dejando al morir una ilustre y memorable descendencia.



El anciano y la princesa Scirina

Soy hijo único de un rico mercader de surate. Al poco tiempo de la muerte de mi padre, disipe la mayor parte de los muchos bienes que me había dejado, y estaba a punto derrochar el resto con mis amigos, cuando senté a mi mesa a un forastero que llegó a Surate de paso para Serendib. La conversación recayó sobre viajes.

Si fuera posible le dije sonriendo ir de un extremo a otro de la tierra sin tener ningún tropiezo desagradable, saldría hoy mismo de Surate.
me contestó el forastero, si queréis viajar, yo os enseñare el procedimiento de recorrer el mundo de una manera inmune.
Después de la comida me llevó aparte para decirme que a la mañana siguiente volvería a visitarme.
Así lo hizo, en efecto.
Quiero cumplir mi palabra me dijo; mandad a un esclavo a buscar un carpintero y que vengan aquí los dos cargados de tablas.
Cuando vinieron el carpintero y el esclavo, el extranjero dijo al primero que hiciese una caja de seis pues de largo por cuatro de ancho.
Mi huésped, entretanto, no permaneció ocioso, pues ayudó eficazmente al carpintero.
Al tercer día tuvo la caja terminada, y el extranjero, cubriéndola con un tapiz de Persia, mando que la llevasen al campo a dónde yo seguí a aquél.
Decid a vuestros esclavos que se retiren me dijo.
Así lo hice, quedándome sólo con el forastero. De pronto, la caja se levantó y emprendió un vuelo rapidísimo, perdiéndose entre las nubes.
Al poco rato volvió a caer a mis pies.
Ya veis me dijo el forastero que es un vehículo bastante cómodo: os los regalo, y así podréis realizar cuanto os plazca un viaje por todos los reinos del mundo.
Dí las gracias al forastero, y, entregándole una bola llena de cequíes, le pregunte:
¿Cómo se pone en movimiento esta caja?
Pronto lo sabréis me contestó.
Me hizo entrar con él en la caja, y en cuanto hubo tocado un tornillo nos remontamos en el aire.
Dando vueltas a este tornillo me explicaba, entretanto, iréis hacia la derecha; girando este otro, tomaréis la dirección contraria; para remontaros, basta que toquéis este muelle, y si queréis descender tirad de este resorte.
Hechos diferentes experimentos, el forastero puso la caja en dirección a mi casa y descendimos felizmente en mi propio jardín.
Encerré la caja en mis habitaciones, y el forastero se despidió de mi.
Continué divirtiéndome en compañía de mis amigos, hasta que hube agotado todo mi patrimonio. Tomé luego dinero a préstamo, y en breve me vi agobiado de deudas y amenazado de las molestias consiguientes. Recurrí entonces a mi caja: coloqué

en ella víveres y el dinero que me quedaba, la arrastré secretamente hasta el jardín, encerréme en ella, y tocando el muelle correspondiente me remonté en el aire, alejándome de mi patria y de mis acreedores.
Durante toda la noche volé con toda la rapidez posible, y al despuntar el alba miré por un agujero de la caja y sólo vi montañas, precipicios y campos yermos.
Continué, viajando por el aire todo el día con su noche, y al siguiente me encontré sobre un espeso bosque junto al cual se veía una hermosa ciudad.
Me detuve para contemplar la ciudad y, sobre todo, un magnífico palacio que ofrecía a mis ojos; y ví a un labriego que cultivaba la tierra. Descendí en el bosque y, dejando la caja, me acerqué al labriego para preguntarle cómo se llamaba aquella ciudad.
El labriego me contesto:
Joven, se conoce a la legua que soís extranjero, puesto que ignoráis que esa ciudad es Gazna, residencia de el bueno y valeroso rey Bahaman.
Y quién habita en aquel palacio? le pregunté.
El rey de Gazna me contestó lo hizo construir para encerrar en él a la princesa Scirina, su hija, a quien el horóscopo ha anunciado que será engañada por un hombre.
Dí las gracias al campesino por las noticias que acababa de darme y me dirigí a la ciudad. Cerca ya de sus puertas, oí un gran ruido y a los pocos instantes ví salir a varios jinetes, magníficamente vestidos y montados en hermosísimos caballos enjaezados con magnificencia.
En medio de aquella espléndida comitiva iba un hombre de elevada estatura, que ostentaba una cadena de oro en la cabeza y un traje tan cubierto de pedrería que todo él parecía un diamante inmenso.
Supuse que era el rey de Gazna, y luego me enteré de que no me había engañado.
Recorría ensimismado la ciudad, cuando, de pronto, me acordé de mi caja, qué había dejado abandonada, y no pude recobrar la tranquilidad hasta que, de vuelta en el bosque, pude convencerme de que no me la habían robado.
Acabé de consumir las provisiones que me quedaban, y, como en esto cayó la noche, resolví pernoctar allí. Pero no pude conciliar el sueño: lo que el labriego habíame referido acerca de la princesa Scirina me preocupaba sobre manera.
A fuerza de pensar en Scirina, tal como yo me la representaba, este es, como la mujer más hermosa que jamás hubiera visto en mi vida, entraron me deseos de probar fortuna.
Es preciso me dije que me traslade a las azoteas del palacio y que entre en las habitaciones de la princesa. ¡Quién sabe si le gustaré!
Dicho y hecho: entré en la caja, toqué el muelle de ascensión, pasé, sin ser visto, sobre las cabezas de los soldados que custodiaban el edificio, y descendí, sin tropiezo, en una de las azoteas del palacio.
Procurando no hacer ruido, me deslicé por una ventana y alléme en una habitación, adornada con riquísimos tapices, en la que, recostada en un diván, estaba Scirina, deslumbrante de belleza.



Me acerqué cautelosamente.
Y caí de rodillas a sus pies, besando con pasión una de sus lindas manos.
La princesa se despertó sobresaltada, y al ver un hombre junto a ella dio un grito y al punto acudió su aya, que dormía en el aposento contiguo.
Mahpeike dijo Scirina, ¿cómo ha podido este hombre llegar a entrar en mi cámara? ¿Eres tú, acaso, eres tú cómplice suyo?
¿Yo? exclamó el aya. Esa sospecha me ofende. No estoy menos asombrada que vos de ver aquí a este joven temerario. Por otra parte, aunque yo hubiese querido favorecer su audacia inaudita, ¿cómo hubiera podido burlar la vigilancia de la guardia que rodea el castillo? Bien sabéis, además, que es preciso abrir veinte puertas de acero, sellados con las armas del rey, para llegar hasta aquí. Repito que no me explico cómo ha podido este joven vencer tantas dificultades.
Mientras el aya hablaba, yo discurría sobre lo que había de decir
Y se me ocurrió la idea de hacerme pasar por el profeta Mahoma.
Hermosa princesa dije a Scirina, no os asustéis, y vos tampoco, Mahpeiker, de verme aquí. Soy el profeta Mahoma y no he podido ver sin compadeceros que paséis los más bellos de vuestra existencia encerrada en esta cárcel. Vengo, pues, para desmentir la predicción que de tal modo espanta a Bahaman, vuestro padre. Tranquilizaos, pues, y regocijaos, porque vais hacer la esposa de Mahoma. En cuanto se divulgue la noticia de vuestro casamiento, todos los reyes temerán al suegro del Profeta y os envidiarán todas las princesas.
Scirina y Mahpeiker presentaron fe a lo que dije.
Pasé la mayor parte de la noche en compañía de la hija del rey de Gazna.
Cuando llegó el momento de abandonar su aposento, le prometí volver al día siguiente.
Regresé en mi caja al bosque, sin ser visto por los soldados, y cuando el sol estaba ya alto en el horizonte, me encaminé a la ciudad, donde compré trajes magníficos, un turbante de telas de las indias, con rayos de oro, un rico cinturón y esencias y perfumes, empleando en esto todo el dinero que me quedaba.
El resto del día lo pase en el bosque ataviándome y perfumándome.
En cuanto anocheció, metíme en la caja y volé al aposento de mi amada.
Scirina me aguardaba llena de impaciencia
¡Oh gran profeta me dijo, temía que hubiese olvidado a vuestra esposa! Más decidme, ¿por que tenéis ese aspecto tan joven? Yo me imaginaba que Mahoma era un venerable anciano de luenga blanca larga.
Y no os engañáis le conteste, pues ése es el aspecto con que me aparezco a los creyentes que son merecedores de tanto bien; pero he creído que os agradaría más bajo las apariencias de un joven.

Al amanecer abandoné el palacio para volver a la noche, y continué mis visitas sin que por un momento sospechasen del engaño Scirina ni su aya.
Transcurridos varios días el rey de Gazna visitó al palacio, y, como halló todas las puertas cerrada y el sello intacto, dijo henchido de satisfacción, a los cortesanos que le acompañaban:
¡Esto va a pedir de boca! Mientras todas las puertas del palacio como están, no tengo que temer la desgracia que amenaza a mi hija.
Subió el rey al aposento de Scirina, la cual no pudo mirarle sin turbarse.
Notó el rey la turbación de su hija, y le preguntó el motivo, aumentando así el malestar de la joven. Al fin, no pudo resistir la princesa la obstinación de su padre y le contó lo que ocurría.
¡Júzguese de la sorpresa del rey de Gazna al saber que sin esperarlo ni soñarlo siquiera, era nada menos que suegro de Mahoma.
¡Qué absurdo, hija mía! exclamó, ¿Cómo es posible que seas tan crédula? ¡Ay, Cielos añadió con voz lastimera está visto que es completamente inútil oponerse a tus designios! El horóscopo se ha cumplido: ¡un traidor ha seducido a Scirina!
Dicho esto salió furioso del aposento de su hija y no dejó de registrar hasta el último rincón del palacio; pero no pudo hallar rastro del seductor.
Por dónde se preguntaba, por dónde ha podido entrar ese atrevido en el palacio? A la verdad, esto me deja asombrado.
Bahaman resolvió pasar allí la noche, y sometiendo a la princesa a nuevo interrogatorio, le pregunto si había cenado alguna vez conmigo.
No repuso Scirina; jamás ha consentido en tomar alimento ni licores estando en mi compañía.
Entretanto llegó la noche, y el rey de Gazna, sentado en su diván, mandó que se encendiesen todas las luces del aposento de su hija y desenvainó el alfanje, dispuesto a lavar con sangre el ultraje hecho a su honor.
Un relámpago hirió los ojos de Bahaman, el cual se precipitó a la ventana por la que, según le había dicho Scirina, yo entraba todas las noches.
Miró el rey al cielo, y, como lo viera todo del color del fuego, apoderandose de él un espanto terrible. Esto me favoreció, pues cuando yo parecí en la ventana, Bahama, que se hallaba aún dominado por el terror, lejos de abalanzarse a mi y decapitarme dejó caer el alfanje.
Luego, postrándose a mis pies, dijo, al mismo tiempo que besaba mis manos.
¡Oh gran Profeta! ¿Que he hecho yo para merecer el honor de ser tu suegro?
Poderoso rey le contesté, levantándole, sois vos, de entre todos los musulmanes el que más fe tiene en mi y, polo tanto el que más quiero. En la tabla fatal estaba escrito, y nuestros astrólogos lo leyeron perfectamente, que vuestra hija había de ser seducida por un hombre; pero yo rogué al Altísimo Alá que os librase de semejante desgracia, y Alá me escuchó, pero a condición de que Scirina fuese mi esposa. Creyó el débil príncipe lo que yo le dije, y enajenado de gozo por haber emparentado con el Profeta, volvió a caer a mis pies para significarme su gratitud. Levántele de nuevo, asegurándole que no debía de faltarle mi protección mientras siguiese siendo merecedor de ella, y me dejó solo con su hija.
El mismo día ocurrió un accidente que acabó de confirmar al rey en la opinión que de mí tenía.
Al volver a la ciudad, desencadenóse una furiosa tempestad, y. espantado por el fulgor de los relámpagos, el caballo de uno de los cortesanos se encabritó, dando con el jinete a tierra.

El cortesano, que habíase burlado de lo que dijera el rey acerca del casamiento de su hija con el profeta, resulto con una pierna rota.
¡Ah, desdichado! exclamo el rey!. El profeta ha castigado tu incredulidad.!
Transportaron al herido a su domicilio, y en cuanto Bahaman se halló en su palacio, ordenó que se celebrasen grandes festejos en honor de Mahoma y de su esposa Scirina..
¡Viva Bahama, suegro del Profeta¡ exclamaba el pueblo entusiasmado..
Al anochecer abandoné la ciudad.

Volví al bosque y, entrando en mi caja, me traslade al aposento de la princesa.
Hermosa Scirina le dije apenas estuve a su lado, un cortesano de vuestro padre se ha permitido dudar de que os habéis casado con Mahoma, y, por castigarle, desencadené una tempestad fin de que su caballo se espantase y el incrédulo se rompiera una pierna al caer.
Al siguiente día, el rey de Gazna reunió a su Consejo y le propuso ir a todos juntos a pedir perdón a Mahoma y desagraviarlo por la incredulidad del cortesano que tan cara había pagado la falta.
Así lo hicieron, presentándose todos a la princesa.
Scirina le dijo el rey, venimos a suplicarte que intercedas con el Profeta por un hombre que se ha hecho merecedor de su justa cólera.
Sé de lo que se trata, señor contestó la Princesa, porque Mahoma me lo ha referido.
Todos los ministros quedaron convencidos de que Scirina era, realmente la esposa del Profeta, y, postrados a sus pies, le rogaron que intercediera por el desgraciado cortesano y por ellos.
La Princesa les ofreció que los complacería.
Entretanto avíanseme agotado las provisiones y, como además había gastado en trajes y perfumes todo el dinero de que disponía, no sabía cómo arreglármelas.
Ocurrióseme entonces una idea que puse en práctica aquella noche.
Cuando volví a reunirme con Scirina:
Esposa mía le dije, nos hemos olvidado de una formalidad en nuestro casamiento: no me habéis entregado vuestra dote y esto me contraría. Pero como yo no deseo la dote, sino llenar esa formalidad, bastará con que me deis una de vuestras joyas.
La princesa quiso entregarme todo su tesoro, pero yo me contenté con dos diamantes de gran tamaño que al día siguiente vendí en la ciudad
Un mes había transcurrido ya desde que me convertí en el Profeta cuando llegó a Gazna un embajador.
Este embajador, en nombre de su soberano, iba a pedir en matrimonio a Scirina.
Siento mucho le contestó Bahaman no poder acceder a lo que vuestro Rey me pide, pues ya he dado a mi hija por esposa al profeta Mahoma.
Al oír estas palabras, el embajador creyó que el rey de Gazna ha perdido el juicio.
Despidióse, pues, del soberano y volvió a su país.
Al principio, el Rey fue del mismo parecer que su embajador acerca del estado mental de Bahaman; pero, reflexionándolo mejor, creyó que la negativa envolvía un desprecio imperdonable, y reuniendo al punto un poderoso ejército invadió el reino de Gazna.
Aquel Rey se llamaba Cacem, y Bahaman, que era menos fuerte que él, hizo, además sus preparativos guerreros, pero con tal lentitud, que no pudo impedir el avance del enemigo.

Sabedor el rey de Gazna del número y de las hazañas del ejército de Cacem, se consideró perdido, y reunido su Consejo, el cortesano que se había roto una pierna habló en estos términos:
Me sorprende que el Rey demuestre tanto temor en la ocasión presente. ¿Qué daño pueden causar todos los príncipes reunidos al suegro del Profeta?
Tenéis razón; a Mahoma debemos dirigirnos repuso Bahaman.



Dicho esto fue a encontrar a Scirina y le dijo:
Hija mía, apenas despunte el nuevo día, Cacem asaltará la ciudad, y temo no poder resistir el ataque; por lo tanto, he venido a rogarte para que intercedas en nuestro favor ante Mahoma.
Señor repuso la Princesa no dudo que el Profeta estará de nuestra parte y que, deshaciendo el ejército enemigo, enseñará a los demás príncipes, con escarmiento de Cacem, cómo deben tratar al suegro de Mahoma.
Entretanto repuso el Rey, la noche avanza y el Profeta no viene. ¿Nos habrá abandonado?
No padre mío contestó Scirina; el ve desde el cielo al ejército que nos asedia y quizá en estos momentos lo ha deshecho ya sembrando el pánico entre nuestros enemigos.
Efectivamente, esto era lo que el supuesto Mahoma quería hacer.
Habiendo pues, observado durante todo el día el ejército de Cacem y las posiciones que ocupaban, y muy especialmente el cuartel general del Rey, llené de piedras grandes y pequeñas mi caja, me remonté por los aires y me detuve por encima de la tienda real.
Los soldados dormían a pierna suelta y esto me permitió descender hasta una abertura de la tienda, a través de la cual miré, y viendo a Cacem tendido sobre ricas pieles, le arrojé una piedra con tanta certera puntería que le herí gravemente en, medio de la frente.
El Rey lanzó un gritó que despertó a sus guardias, los cuales acudieron presurosos en auxilio de su soberano.
Yo aproveche la ocasión para remontarme en el aire, dejando caer una lluvia de piedras sobre la tienda y los que la rodeaban.
Entonces el pánico se apoderó de todo el ejército enemigo de Bahaman.
Presa del terror, emprendió tan precipitada fuga, que abandonó en su huída tiendas y bagajes.
¡Mahoma nos extermina! ¡Estamos perdidos! exclamaban los infelices.

Bahaman, sorprendido al ver que el enemigo había levantado el cerco, lo persiguió con sus mejores tropas y, después de hacer con los fugitivos una horrible carnicería , hizo prisionero a Cacem.
¿Por qué le dijo has entrado a mis Estados contra toda razón y derecho? ¿Qué motivos te he dado para que me declares la guerra?
Bahaman repuso el Rey vencido, supuse que me negabas por esposa a tu hija con ánimo de ofenderme. No podía creer que el Profeta fuese tu yerno y quise vengarme. Más ahora no tengo duda, pues todo lo que me sucede no puede ser sino obra suya.
Bahaman dejó de perseguir a sus enemigos y volvió a Gazna acompañado de Cacem, el cual murió a consecuencia de la herida que yo habíale producido.
En todas las mezquitas se celebraron fiestas para dar gracias al Profeta por haber confundido a los enemigos de Gazna, y el Rey se trasladó enseguida la palacio de la Princesa.
Hija mía, vengo para expresar mi gratitud a Mahoma por los beneficios que me ha dispensado, y ojalá pudiera hacerlo personalmente.
Pronto pudo satisfacer ese deseo, pues a los pocos instantes aparecí en el aposento, entrando como de costumbre por la ventana.
En cuanto me vió el Rey postróse a mis plantas, y besando el suelo exclamó:
¡Oh gran Profeta! ¡No se como expresarte lo que siento…!
Levanté a Bahamas amorosamente y besándole la frente le dije:
Príncipe, ¿Podíais suponer que yo os abandonase en el terrible trance que por amor mío os encontrabais? He castigado el orgullo de Cacem, que pretendía apoderarse de vuestros Estados y robar a Scirina para encerrarla en su harén.
Dos días después del entierro de Cacem, el Rey de Gazna decretó grandes festejos para celebrar, no sólo la derrota de sus enemigos, sino también el matrimonio de Mahoma con su hija.
Creí conveniente dar señales de mi con algún nuevo prodigio, y, al efecto, compré en la ciudad buena cantidad de pez, torcidas de algodón, pedernal y eslabón.
Bañé el algodón en la pez, y así tuve pronto hechos unos fuegos artificiales.
Llegada la noche, volví a mi caja, y cerniéndome sobre la ciudad, cuando sus calles estaban mas concurridas y las fiestas en su mayor esplendor, pegué fuego a las mechas y el efecto superó a cuanto podía yo imaginarme.
Al ser de día, fui a la ciudad y oí las conversaciones más peregrinas acerca de lo que yo había hecho la noche anterior. Divertíame esto sobremanera cuando ¡ay! dirigí mi vista al bosque y vi que mi caja, el instrumento de mis prodigios, era presa de las llamas.
Alguna chispa de los fuegos artificiales había prendido en la madera sin que yo lo advirtiese y el fuego tomó incremento durante mi ausencia.
No podría expresar la angustia y desesperación que se apodero de mí.
Pero la cosa no tenía remedio y era preciso tomar una determinación, que no podía ser otra que la de ir a buscar fortuna en otra parte. Así, el profeta Mahoma se vio obligado a abandonar Gazna.
Al cabo de tres días de camino tropecé con una caravana de mercaderes del Cairo que volvía a su país y me uní a ellos. En el Cairo me hice mercader, recorrí muchos países y visite numerosas ciudades sin poder olvidar el pasado.

EL FIN